

RECENSIONES

BIBLIA

ALDAVE MEDRANO, ESTELA, *Muerte, duelo y nueva vida en el cuarto evangelio. Estudio exegético de Jn 11,1-12,11 a la luz de las prácticas rituales de la antigüedad*, Asociación bíblica Española 70, Verbo Divino, Pamplona 2018; pp. 437. € 32,00. ISBN 978-84-9073-405-6.

Esta publicación, producto en gran parte de una investigación doctoral efectuada en la Universidad de Deusto, considera la unción a Jesús en Betania intrínsecamente unida a la resucitación de Lázaro no solo por razones literarias sino también — según arguye la autora — porque el cuarto evangelio habría transformado la escena tradicional de la unción en un banquete ritual de difuntos. Juan habría relacionado ambos eventos, signo de Lázaro e unción a Jesús, en modo de iluminar la experiencia de la muerte en las comunidades del Asia Menor bajo su influjo.

El estudio, de carácter interdisciplinar, combina con eficacia instrumentos clásicos de la exégesis bíblica con el aporte de diversas ramas de las ciencias sociales.

Sus hallazgos influyen en la interpretación del texto y contribuyen a comprender los inicios de la práctica pastoral de la iglesia ante la muerte.

La A. reconoce desde el primer capítulo, dedicado a la historia de la interpretación y a la metodología, que «el uso de modelos o marcos conceptuales rituales para el estudio del Nuevo Testamento se encuentra en cierto modo en fase germinal y no existe todavía un consenso total en lo que se refiere a la metodología» (pp. 51.314). No obstante — añade — existe un cierto número de estudios que indican el interés actual por presentar los aportes de estudios rituales a la interpretación de la Biblia (51 n. 111). Esta disertación es un ejemplo bien logrado de tal interés.

Los datos culturales y antropológicos sobre la experiencia de la muerte y el ritual del duelo en las culturas antiguas — presentados en detalle — sientan las bases para analizar los elementos comunes y las diferencias con el relato evangélico (cap. II-III). El ritual de duelo típico que finalizaba con la comida en honor al difunto adquiere otra dimensión mediante la vuelta a la vida de Lázaro. Tal signo en anticipo de la resurrección de Jesús mostraría también en cierto modo la práctica ritual de la iglesia joánica en relación a la muerte. Merece destacarse la hipótesis según la cual, el dato de una familia no convencional como la de Betania, formada únicamente por hermanos, reflejaría no tanto lazos biológicos sino la *koinōnia* post-pascual de una comunidad fraterna de discípulos (133-134.182).

Aunque no es éste el único estudio que interprete la comida en Betania según la función social del banquete funerario en la antigüedad (ver 270 nota 68), merecen una

especial atención los capítulos IV-V de la obra por su precisión en tratar el tema en conexión con la experiencia de la comunidad joánica ante la muerte y el duelo.

Una función importante de los banquetes funerarios en el mundo mediterráneo antiguo era facilitar a los dolientes, mediante el compartir en solidaridad alrededor de la mesa, el paso a una situación de retorno a la normalidad en la vida cotidiana. Al poner de relieve los elementos comunes así como sus discrepancias con la cena en Betania la A. plantea en concreto la posibilidad de que la escena en Jn 12,1-8 represente una clara transformación de esta práctica ritual. Para ello resalta el paralelismo entre algunos términos del texto joánico con elementos básicos de los rituales grecorromano y judío de duelo así como también con vocablos característicos de las comunidades del N.T. De este modo tanto el término *oikia* (casa) como su sinónimo *oikos* podrían representar un espacio que algún participante de la comunidad joánica ofreciera para la celebración de reuniones y también para comidas funerarias cuando moría uno de sus miembros (274). El uso del verbo *diakoneō*, aplicado a Marta, supondría no solo el servicio humilde de mesas sino la existencia de un grupo activo de seguidores de Jesús (272). El empleo de expresiones relativas a la amistad, al amor y a la fraternidad presentes en Jn 11 (131-135.359-360), constitutivos todos de identidad cristiana, respaldarían la afirmación que el evento de Betania refleja la práctica de la comunidad en relación a sus propios difuntos.

Más aún, el perfume de nardo genuino alusivo a la imagen de la gloria de Yahvé en el templo (301-333.346) que repleta toda la casa de los hermanos de Betania, en contraste con el hedor a muerte de la tumba de Lázaro, indicaría que la unción llevada a cabo por María, concorde con el rol protagónico de las mujeres en el ritual de duelo, anticipa no solo la sepultura de Jesús sino sobre todo su resurrección. El gesto profético — relacionado con el culto — de María, auténtica discípula en agudo contraste con Judas, transforma por tanto el banquete ritual al final del duelo, característico de la época, en algo radicalmente nuevo. Alrededor de la mesa el grupo reunido en torno a Jesús, en acción de gracias por el signo de Lázaro, se impregna de vida eterna.

En lugar de pronunciar un discurso fúnebre por la muerte de su amigo, Jesús había ya indicado en su diálogo con Marta su propia resurrección y el don de la vida eterna, cimiento de la esperanza cristiana, para quien ya desde ahora cree. De consecuencia la comunidad joánica habría adoptado el uso de celebrar comidas, con ocasión del fallecimiento de alguno de sus miembros, para recordar la muerte y resurrección de Jesús. Al hacerlo se realiza un cambio sustancial en el ritual de duelo antiguo.

Algunos datos posteriores al evangelio corroborarían estas observaciones. Los Hechos de Juan 72,1 (Siria – año 160 ca.) mencionan la ida de fieles cristianos al sepulcro de una cierta Drusiana al tercer día del duelo por ella para partir allí el pan. Juan «resucita» después a la difunta y todos celebran la Eucaristía ante su tumba (336.338). Este testimonio, entre otros del siglo II, podría indicar la continuación de una práctica precedente de la comunidad joánica, quizás en reflejo del evento de Betania (338-339.345-348). Se recordaba así el tránsito del dolor y llanto ante la muerte a la nueva vida pascual.

Quizá por su extensión, 437 páginas, esta primera edición incluye solo el índice de citas bíblicas y no el de autores citados.

En síntesis, al indagar sobre si algunos datos y categorías del marco ritual de difuntos provenientes del ambiente contemporáneo al evangelista podrían — de cierta

forma — iluminar el relato de Jn 11,1-12,11, la A. utiliza con rigor una metodología hasta ahora no empleada, al menos con detalle, en algún estudio monográfico sobre este texto. Si bien ciertas conclusiones provenientes del marco conceptual histórico-arqueológico y de la antropología social puestas en relación con algunas acciones rituales que la comunidad joánica habría realizado se presentan cautamente solo como plausibles, la respuesta afirmativa que fluye de esta minuciosa investigación constituye sin duda un aporte a tener en cuenta para la interpretación y eventual comentario pastoral de este relato. Asimismo abre a ulteriores preguntas y verificaciones sobre el ambiente vital del cuarto evangelio y del cristianismo naciente.

Javier LOPEZ, S.I.